

NUNCA SE SABE por dónde saldrá la bala, pensó.

William «Whitey» Bard se agachó en una batea que transportaba equipaje, entre dos montones de maletas polvorientas, mirando hacia la concurrida estación para ver si había moros en la costa. Se escondía de los inspectores de la compañía de ferrocarril debido a un malentendido con su billete o, mejor dicho, su falta de billete de tren. Uno de los agentes, un hombre fornido que llevaba gabardina, se encontraba a un par de metros de él, dándole la espalda, con un Colt 45 en la mano. Whitey no tenía intención de darle la oportunidad de usarlo. Desde luego que no.

Toda la vida había soñado con ir al Oeste. Había crecido en Saint Louis, a la sombra de los largos recorridos que partían incansablemente en aquella dirección. Recordaba los elegantes trenes de pasajeros, los interminables mercancías, que cruzaban el

Mississippi con sus más de cien vagones, y el mítico silbido de la locomotora rasgando la noche y el paisaje con su estridencia.

No iba a permitir, después de haber recorrido todo ese camino, que ahora a punta de pistola lo obligaran a dar media vuelta o, aún más probable, que lo metieran en chirona. En cuanto a que le dispararan, no gracias, demasiada metralla tenía ya en el cuerpo desde la campaña de Italia como para querer repetir la experiencia.

En ese momento invadió la estación una multitud de pasajeros procedentes de dos trenes recién llegados. El individuo de la gabardina avanzó deprisa hacia la muchedumbre, metiéndose el revólver en el bolsillo, y Whitey decidió seguirlo. Donde fueres haz lo que vieres, se dijo. Una docena de hombres vestidos con pantalones vaqueros de color azul, camisas a cuadros y grandes sombreros de cowboy, como salidos de una película del Far West, caminaban despreocupados entre el gentío en dirección a la salida, visiblemente dispuestos a pasarlo en grande. Rodeado por esos inverosímiles personajes, Whitey se adentró en la oscuridad de la noche sin que nadie reparara en él.

La semana anterior había cogido un tren en Nueva York que lo llevó a la velocidad del rayo hasta Chicago; había tenido que dormir tumbado en los asientos reclinables, vestido con su único traje, y había usado la bolsa como almohada. En ella llevaba sólo un par de calcetines, una camisa limpia que guardaba desde hacía semanas, media docena de corbatas, un par de pañuelos, varias partituras y dos recuerdos italianos: una foto del regimiento tomada en Salerno y el revólver de servicio.

En la zona de vías muertas a las afueras de Chicago se subió a

un mercancías en dirección a Council Bluffs, Nebraska, donde llegó a pensar que moriría congelado como una carpa extraviada en el Báltico. Tras pasar la noche en un hotel de mala nota junto a la estación sólo le quedaban cuatro dólares y todavía no estaba siquiera a mitad de camino. El trayecto hasta Salt Lake City en el furgón vacío fue largo, desangelado y frío, aunque se viera ligeramente animado por unos tragos de whisky y un muslo de pollo, tirando a gris; lo llevaba envuelto en su pañuelo, y lo había conseguido en un puesto de comidas de Chicago. Mientras se miraba boquiabierto la cara hinchada y sin afeitar en el espejo de chapa del aseo de caballeros —todavía en el depósito de Salt Lake City— Whitey iba pensando que, a esas alturas, su traje estaba para el arrastre o, puestos a ser precisos, como después del arrastre. Había vivido momentos más felices, sin lugar a dudas, pero le esperaban quizá a la vuelta de la esquina días mejores si realmente era cierto lo que decía la carta que llevaba en el bolsillo. Sí, seguro que le esperaban grandes cosas en California. Pero antes tenía que llegar allí.

Finalmente le sonrió la fortuna, o eso parecía, pues logró subirse sin ser visto en el *Zephyr* y pudo así recorrer el último tramo que llevaba hasta San Francisco cruzando Sierra Nevada; se encerró en el aseo de un compartimiento de literas vacío. Ahí, en el calor y relativa comodidad de su nueva morada, por fin pudo afeitarse con agua casi hirviendo y hacer algunas abluciones en el lavabo, todo lo cual obró maravillas en su estado de ánimo. Se secó la barbilla con una toalla limpia de hilo y se puso a escuchar el complejo e incesante ritmo que marcaba bajo sus

pies el traqueteo del convoy sobre las vías. Al principio notó, casi de forma imperceptible, que el tren comenzaba el largo ascenso por las montañas. Sacó la camisa limpia de la bolsa, se la puso con cuidado y se anudó la corbata. Pronto desearía no haber subido nunca a ese tren en Nueva York, pero de momento temblaba de emoción y no dejaba de tararear *California Here I Come* con una especie de optimismo nervioso que, a la postre, como comprobará el lector si nos acompaña un rato en esta novela, resultaría del todo injustificado.

Entró con sigilo en el compartimiento de primera clase, deslumbrado por el resplandor del sol al caer la tarde. Junto a la ventana, desde la que se veía al fondo el desierto alejándose en la distancia, había un florero azul vacío sujeto por un soporte cromado a la mesa plegable de caoba. La gruesa alfombra y unos sillones a juego, muy lujosos y tapizados de color azul marino y macasares de encaje, le recordaron el salón de su tía Lizzie, allá en Inglaterra. El pasillo del tren estaba desierto. Encendió la pipa para así poder conservar los últimos cigarrillos. El tren traqueteó al cruzar un puente de caballetes; le hizo pensar en el tableteo de una ametralladora, a pesar de que la guerra era poco más que una pesadilla sepultada en lo más profundo de su memoria, que sólo afloraba muy de vez en cuando. Como el balanceo rítmico del tren resultaba pegadizo, intentó improvisar mentalmente unos compases, pam, pim, pim; sacó el sobre del bolsillo y trató de garabatear lo que había imaginado, pugnando contra el movimiento del tren; pero tan pronto quedaron trazadas las líneas del

pentagrama la melodía se esfumó. Algo decepcionado, Whitey empezó entonces a contar los postes de telégrafo. Yo siempre cuento los postes cuando viajo en tren, pero después de los cien primeros me pierdo, solía decir tía Lizzie. Querida tía Lizzie...

Tía Lizzie vivía en Manchester, (Manchester la de Inglaterra, claro), donde crió sola a su hermano, el padre de Whitey, que estudió para profesor de música. La familia se mudó a Saint Louis cuando lo nombraron titular en el Conservatorio, y desde entonces habían vivido allí. Aparte de los rigores de la escuela, entre los que había que incluir las peleas con la mayoría de los chicos del establecimiento porque decían, debido a su acento, que hablaba como un maldito *mariquita*, el joven Bard alternaba las clases de solfeo de su padre con los entrenamientos en el campo de béisbol. A los dieciséis años, y para gran escarnio familiar, en lugar de entrar en la universidad lo hizo como lanzador en un equipo de segunda división, con la esperanza puesta en llegar a jugar algún día como *rooky* en uno de primera. Cuando murió su padre, justo antes de la guerra (se ahorró mucha juerga el viejo, no le gustaban nada los petardos), Whitey acompañó sus restos mortales a Inglaterra, y así el maestro de solfeo pudo ser enterrado en su tierra natal; su hijo todavía dudaba entonces entre la música y el béisbol. ¡Dios, qué buen lanzador si hubiese un buen... entrenador!

Tan pronto estalló la verbena en Europa, y más que nada para ver un poco de mundo, Whitey se alistó en Inglaterra, pues tenía la nacionalidad británica, a pesar de que apenas había vivido allí antes de que la familia emigrara a América. En Dunquerque, una bala de ametralladora le dejó machacados los higadillos ponien-

do fin a su carrera deportiva; y en una pequeña población de la costa napolitana otra bala estuvo a punto de poner fin... a todo tipo de correrías. Consideró que no había que tentar más al diablo, y su convalecencia fue ciertamente lenta, tan lenta como le fue posible, de manera que acabó coincidiendo con el final de la contienda. De todo aquello Whitey sacó en claro que la guerra era algo muy sucio, un par de medallas y otras tantas cicatrices, aunque de buena gana habría perdonado el beso por el coscorrón, como solía decir enigmáticamente tía Lizzie.

En Italia, patria del Arte, pudo quedarse con las fuerzas de ocupación hasta que se hubo restablecido el orden. Durante ese interludio escribió una sonata para piano que hubiese resucitado de alegría a su señor padre, si bien el sincopado concierto de jazz a la última moda que también compuso por entonces lo habría devuelto más que probablemente de inmediato a la tumba.

Con las partituras bajo el brazo, la foto del regimiento y una cojera casi imperceptible, le dieron el alta y fue mandado de vuelta a Inglaterra, donde en más de una ocasión pensó, coincidiendo con su tocayo William, el gran bardo del Avon, que las cosas, llegadas a lo peor, o empeoran o, como mucho, permanecen donde antes.<sup>1</sup> (A Whitey, aparte del béisbol y la música le chiflaba leer libros; a los clásicos, pero también de policías y ladrones, como éste).

---

1.- *Macbeth* de William Shakespeare (IV, 2): «...*things at worst will cease / or else climb upwards to what they were before*». «Cesarán los grandes males o retrocederán / adonde estaban antes.» A.L. Pujante (Espasa, 1995) (Todas las notas son del editor.)

Y es que ni las sinfonías ni los conciertos tuvieron éxito. Las cosas tampoco mejoraron al otro lado del charco, de regreso a los Estados Unidos. Un trabajo de profesor de piano por horas no lo condujo a ninguna parte. Al final tuvo que ponerse a componer para una revista de variedades que consiguió llegar a Broadway, pero que quebró una semana más tarde. La situación empezaba a ponerse fea cuando Ronald J. Pulham, editor musical y representante artístico en San Francisco, se interesó por su trabajo y le hizo por escrito la inexplicable oferta de comprarle los derechos de todas sus obras pasadas, actuales y futuras. La carta estuvo en su bolsillo durante un par de semanas, mientras Whitey le daba vueltas a lo que aquello significaría para su independencia, pero finalmente decidió quemar las naves. Se gastó los últimos dólares en un traje de sarga de un azul muy vivo, un surtido de corbatas para disimular la falta de trajes y un pasaje en el *20th Century Limited* con destino a Chicago. Bueno, creo que no se queda nada en el tintero, pues de Chicago pasamos al tren en que ahora está Whitey fumando tranquilamente, como ya ha quedado advertido el lector.

La pipa se había apagado. Un tranquilo y despejado crepúsculo iba envolviendo el compartimiento mientras el sol se ocultaba detrás de las montañas más lejanas y aparecían las primeras estrellas. El tren ascendía, mansa, incansablemente.

Whitey se acercó hasta el coche-bar, ocultó la bolsa detrás de un sofá imitación cuero, y se sentó a la barra, cediendo a la tentación:

—Un whisky solo.

—Solo un whisky, caballero —respondió el camarero de color. De color negro, se entiende.

Whitey puso un dólar sobre el mostrador. E hizo *cul-sec*.

—Muchas gracias. Quédese con la vuelta.

—Gracias muchas, caballero.

Un poeta, pensó Whitey.

Se permitió fumar un cigarrillo.

El coche-bar estaba vacío con la excepción de tres hombres, en un rincón, que hablaban acaloradamente; prestó atención: carreras de caballos. Estaba claro que volvían de la *Arlington Classic* de Chicago, donde debían de haber ganado mucho dinero, a juzgar por los comentarios. Whitey siguió escuchando sin excesivo interés. Un hombre, al que llamaban Clancy, discutía con un tipo de rostro sonrojado sobre un caballo que respondía al nombre de *Lapidary*. El tercer hombre metía baza con voz chillona y soltaba de vez en cuando una carcajada de marsopa epiléptica. El tal Clancy tenía el rostro impasible de un crupier y la voz profunda de un pope ortodoxo.

El hombre de rostro sonrojado canturreó:

—¡Señores! Propongo que pasemos sin más demora a la sala de juego.

Whitey concentró entonces su atención en el grupo. Tuvo una idea. Al salir, el tipo llamado Clancy se acercó y cogió un ejemplar del *Racing Bugle* que había encima del sofá.

—Disculpe —dijo Whitey con fingida cortesía— pero creo que ese *Bugle* es mío.

—Pues yo creo que usted es un chalado y un tocararices —replicó Clancy.

—Venga, no se lo tome así, hombre —dijo Whitey—. Supongo que olvidé el mío en el asiento. Me he dejado hasta la camisa en la *Arlington Classic*, sabe... —añadió, pesaroso.

—Vaya, cuánto lo siento, amigo. Perdone mi brusquedad. Pensé que era uno de esos liantes... No pretendía ofenderle ni nada parecido. Oiga, quizá le gustaría apuntarse a una partidita de dados amistosa.

En el estrecho pasillo de los compartimientos de primera clase el revisor les saludó obsequiosamente. Detrás de él apareció una mujer, un *bellezón* de pelo rubio. Tenía un tipo despampanante, que su ropa no hacía nada por ocultar, y un rostro de aquellos que los productores de Hollywood buscan durante los mejores años de su vida sin encontrarlo. Whitey la miró mientras se acercaba y le puso, mentalmente, el apodo de «Campeona de todos los Estados del Oeste».

Se apartó galantemente ante la aparición, pero el tren dio una sacudida justo cuando ella pasaba rozándole, y la empujó con fuerza contra él; aquello hizo que se esfumara cualquier atisbo de fantasía, pues todo lo que había imaginado de forma teórica se hizo palpable y maravillosamente real contra su cuerpo solitario, aunque sólo fuera durante un instante.

—¡Cielos! ¡Lo siento en el alma! —tartamudeó Bard, mintiendo. A veces, cuando se azoraba le volvía el acento de su infancia.

—¡Vaya! ¡Es usted inglés! —exclamó ella, desconcertándolo todavía un poco más. La voz era melodiosa.

—Sí, supongo que así es —contestó Whitey.

La fragancia de su perfume lo dejó aturdido.

Una mano de hierro apesó su brazo.

—No importa, Lily —dijo el hombre del rostro pétreo—. No ha pasado nada. Vamos, andando. Por aquí, princesa.

Whitey, apenado, la vio alejarse por el pasillo dejando tras de sí una fragancia de perfume de, calculó, por lo menos cincuenta dólares la botella.

—Una mujer con clase —murmuró Whitey para su colete, liberando su brazo con suavidad.

—Amiga de un amigo —explicó, desabrido, el tipo—; ¡no dejemos que se enfríen los dados!

Entraron en un compartimiento de primera exactamente igual al que Whitey había utilizado como refugio. Clancy bajó la persiana y desplegó la mesita de caoba junto a la ventana, haciendo caer al suelo el jarrón azul con flores. Lo cogió todo y lo tiró a la papelera.

—Es sólo una partida amistosa, apostaremos poco —dijo el hombre de rostro sonrojado—. Cuando queremos apostar en serio lo hacemos en las carreras. —Y soltó un graznido de rata almizclera.

Whitey se preguntó inquieto qué entenderían por apostar poco.

El hombre con el rostro de piedra agitó los dados con gesto experto. Rac, rac, rac.

—Tres dólares —anunció—. Dos ases.

Tres dólares. La totalidad de la fortuna de Whitey.

—Van tres dólares —dijo una vocecita. Era la voz de Whitey.

Se animó al poco.

—¡Atiza! —Los tres dólares se habían convertido en seis.

—Oiga, amigo, ¿no irá a dejarnos ahora, Mr. Bard, verdad? —preguntó Clancy.

—Clancy, por favor, llámeme Whitey. Por supuesto que no me voy. No quiero llevarme todo su dinero así, sin más.

Todos rieron la broma, pero para Whitey aquello no tenía ninguna gracia. Sudaba la gota gorda cuando volvió a tirar los dados.

Una hora más tarde, los tres dólares de Whitey se habían multiplicado, como los panes y los peces, convirtiéndose en noventa y siete. Empezó a preparar la retirada.

—Tengo que ir a por comida antes de que cierren la cocina —dijo.

Clancy le instó a que se quedara:

—¡Pero qué demonios, amigo! ¿No hay acaso un servicio de vagones? Haga que uno de esos mozos negros le traiga un bocadillo.

Cara de piedra contemplaba a Whitey en silencio.

—Oiga, querido, lleva usted una racha imparable, ¿no le parece? —dijo con calma.

Whitey tuvo que perder veintitrés dólares antes de poder escaparse, eso sí, con la promesa de volver en seguida.

Un mozo negro de la compañía vestido de un blanco deslumbrante (no podría asegurar que fuera el bardo de antes) le informó

con tono ceremonioso de que el coche-restaurant había cerrado. (No, no era el de antes; éste no hablaba con inversiones poéticas.) Whitey le dio un billete de cinco dólares y le pidió que por favor le preparara un bocadillo

—Las propinas están prohibidas pero son muy bien recibidas, caballero.

Whitey acudió al coche-bar y pidió otro whisky mientras esperaba el bocadillo. La Campeona de todos los Estados del Oeste estaba acurrucada en el sofá, leyendo una novela de bolsillo. El título de la novela empañó un poco el altísimo concepto que se había formado de ella. *When Dames Get Tough*. Su cabello era de un rubio pálido como la luz del sol matutino. Teñido, se dijo Whitey, a medida que aumentaba su desilusión. Aun así, se lo perdonaría. Distinguió las iniciales L.V. en el bolso. El hombre con la cara de piedra la había llamado Lily. Sus piernas estaban enfundadas en unas medias de seda de —calculó— veinte dólares. Ella se dio perfecta cuenta del estudio al que estaba siendo sometida, sin inquietarse en absoluto. Finalmente, se bajó un poco la falda con gesto virtuoso, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al salir dejó flotando en el ambiente la fragancia de su perfume de cincuenta dólares. ¿O serían sesenta?

En algún momento de la noche, el tren había alcanzado la cima de la Sierra y empezaba el largo descenso. Whitey apoyó la cabeza sobre la barra y echó una cabezadita.

Échese aquí también su siestecita, si quiere, el lector. El traqueteo del tren es casi mejor que una mano meciendo la cuna.

\* \* \*

Unos golpecitos en el hombro lo despertaron con sobresalto. El camarero había desaparecido. Se trataba del revisor justificando su sueldo en el peor momento.

—Billete, por favor.

Whitey se puso en pie y salió al pasillo, seguido del revisor.

—Lo siento muchísimo, pero mi billete está con mi equipaje. No logro entender por qué no trasladaron mis maletas cuando cambiamos de tren en Salt Lake City. Me temo que tendré que quejarme de esto a la compañía. Mientras tanto, puedo asegurarle que esto me contraría muchísimo.

—Sin embargo, no puede viajar sin pasaje, señor.

—No pretenderá que me baje del tren en marcha.

—No, señor, pero no puede viajar sin billete.

—No pretenderá que el tren se detenga.

—No, señor, pero no puede viajar sin billete.

La cosa duró un buen rato.

—Pues tendrá que bajarse en Tahoe.

—¡No pretenderá que me baje en Tahoe! —exclamó Whitey—.

Me esperan esta noche en San Francisco y es muy urgente. Escuche, amigo. No querría que se metiera en problemas por culpa de la equivocación de otro, pero tengo intención de quejarme de esto a la compañía y me temo que esto traerá cola.

Discutieron otro largo rato sin que ninguno de los dos cediera, pero, por fin, la cansina insistencia de Whitey y sus vagas

amenazas se impusieron. El señor Bard tendría que presentarse en la oficina del ferrocarril de San Francisco para recoger su equipaje, acompañado por el revisor jefe. Mientras tanto, se le emitiría un billete provisional. El revisor le pidió que se quedara en el coche-bar el resto del viaje y que no olvidara que sin pasaje no debía circular por el tren.

—Amén, quiero decir: muy bien —concluyó Bard.

Era ya noche avanzada cuando aparecieron las luces de San Francisco. Whitey cogió la bolsa de detrás del sofá en el coche-bar y renunció, con un poco de pesar (y nosotros con él) a su sueño de ayudar al acarreo del equipaje de la Campeona de todos los Estados del Oeste, *Miss Western United States*...

El tren entró en la estación con un estruendo de silbidos, resoplidos y humos varios, como una cafetera ambulante entrando en la línea de meta. Mientras los empleados preparaban las escalerillas para los fatigados pasajeros, Whitey saltó a las vías por el otro lado y se escabulló pasando bajo un paso a nivel cerca del andén.

—¡Hey! ¡Usted! ¡El del billete! —gritó el revisor, dando la voz de alarma—. ¡No pretenderá...! —Y sus palabras se perdieron entre los estertores de la exhausta cafetera.

Pero William «Whitey» Bard ya se había esfumado entre las sombras.